

Conexión Zaquencipa

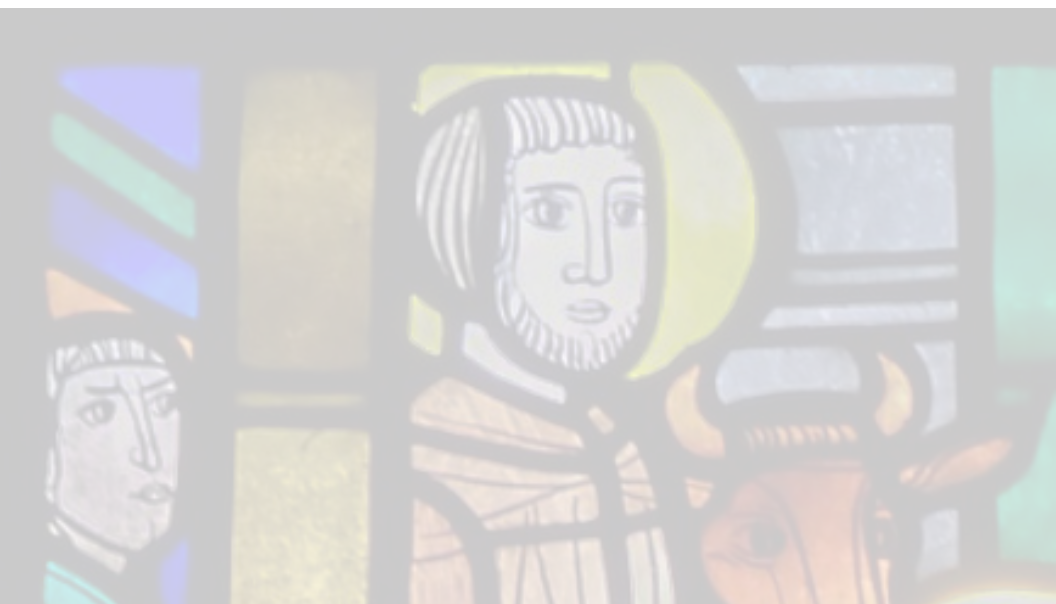
Estamos escribiendo nuestra historia

INFORME ESPECIAL: CARTAS AL NIÑO DIOS



CONTENIDO

<u>Editorial</u>	4
INFORME ESPECIAL: CARTAS AL NIÑO DIOS	
<u>Querido Niño Dios</u> por Ana María Constaín	6
<u>Carta al Niño Dios</u> por Diego Castañeda	9
<u>Carta a mis padres</u> por Gustavo Mauricio García Arenas	11
<u>Reflexiones para una posible carta al Niño Dios</u> por Jairo Barbosa	13
<u>Carta al Niño Dios</u> por Armando Borrero	16
♥ <u>Chat al Niño Dios</u> por Ana Arango	20
<u>Querido Niño Dios: Quiero palabras bonitas</u> por Maribel Rey Avendaño	22



<u>Una carta interminable</u>	
por Isabela Recio	26

<u>Niño Dios</u>	
por Fernando Baena Vejarano (Maitreya)	29

<u>De cartas, plástico y niños</u>	
por Mónica Perea Esparragoza	32

<u>¡Buon Natale, buen Jesús!</u>	
por Olga Lucía Riaño	36

REFLEXIÓN SOBRE LA NAVIDAD

<u>¿Se justifica celebrar la Navidad?</u>	
<u>Un ensayo breve para agnósticos fatigados</u>	
por José Antonio Salazar Cruz (IA)	39

POESÍA

<u>Epifanía</u>	
Ricardo Rodríguez	43

Director Fernando Cordovez
Editor Gustavo Mauricio García Arenas
Comité Editorial Ana María Echeverri,
 Arturo Bedregal **Revisión tipográfica**
 Ángela García **Webmaster** Ana Arango
Diseñadora Juana María Mesa Gandur

Villa de Leyva, Alto Ricaurte, Boyacá
conexionzaquencipa@gmail.com
+57 310 7114270

EDITORIAL


Cartas tardías al Niño Dios

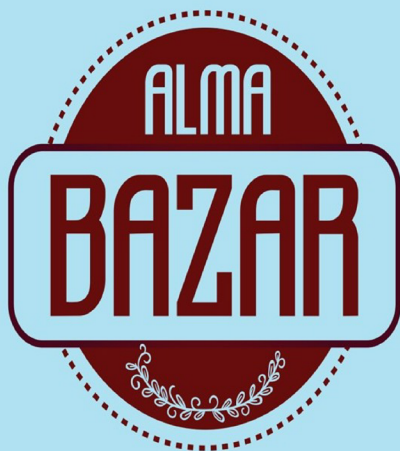
Este diciembre, mientras los niños escriben al Niño Dios pidiendo bicicletas, muñecas y tabletas, un grupo distinto también afila el lápiz: los adultos. Sí, esos mismos que un día creyeron en milagros y hoy creen en las promociones del día sin IVA y las compras virtuales.

En estas cartas tardías, cargadas de humor y de una nostalgia que no cabe en un sobre, muchos le escriben al Niño Dios, buscando un espacio bajo el árbol, solicitando una paz real y duradera, gobernantes que no confundan las arcas públicas con un regalo robado, un país donde la inequidad no sea la tradición más vieja y la guerra deje de ser un negocio en el que sufren muchos y se lucran unos pocos. Donde la justicia sea divina y un derecho fundamental.

Otros, más prácticos, solicitan un milagro de logística celestial: que se implementen los preceptos de san Francisco de Asís. Que nazcan más y más sabios neurodivergentes. Que la adultez permita el candor. Que los líderes mundiales dejen de arrastrarnos a un punto de terrorismo sin retorno. Que se nos otorgue una nueva y última oportunidad para ordenar este mundo. Que la palabra sea de afecto, empatía y alegría. Que la compasión y la insurrección del amor sean el estandarte. En una carta va un corto poema y algunos regalitos más.

Pero, detrás de las bromas, asoma algo tierno: el deseo de recuperar la inocencia, esa certeza de que el mundo podía mejorar con un solo gesto luminoso. Tal vez por eso seguimos escribiendo. Porque, incluso en este valle silencioso y hermoso, donde la historia es profunda y la esperanza a veces esquiva, pedirle al Niño Dios sigue siendo un acto de fe... y de una porfía profundamente colombiana.

Feliz Navidad y un 2026 en paz, de parte del equipo de *Conexión Zaquencipa*. 



*“Ser artesano es
dejar que el
ALMA
salga a la luz
transformada
en obra”.*

Parque Ricaurte, Villa de Leyva

📍 Carrera 9 # 15A-05

📷 @almabazar.villa

📞 3208732538

Querido Niño Dios

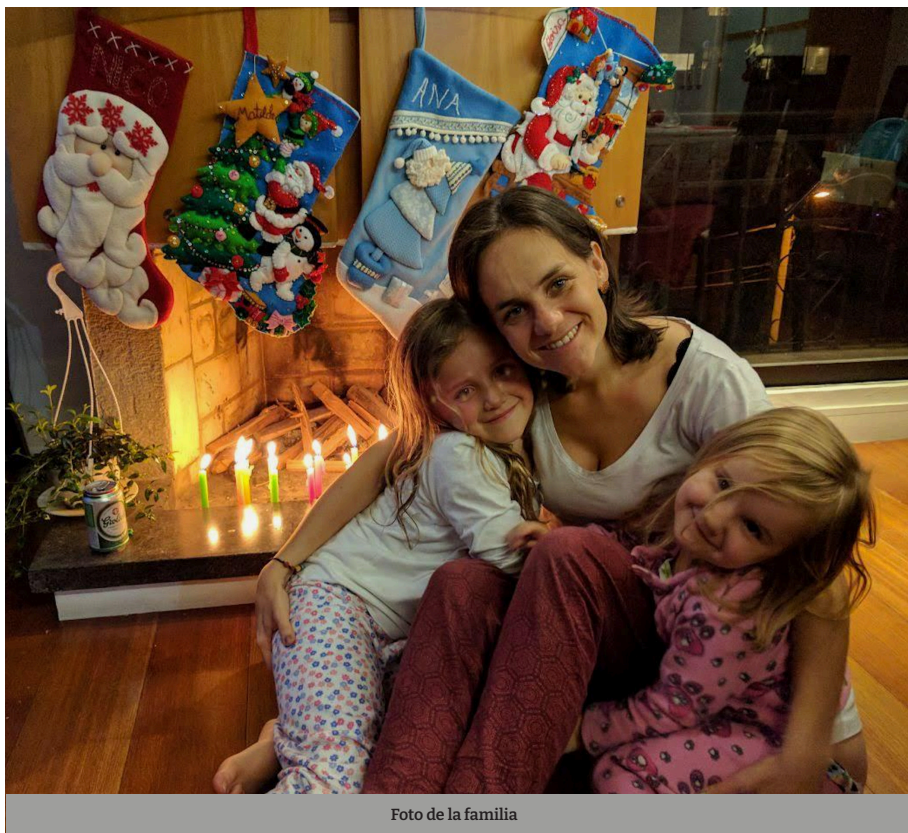


Foto de la familia

Por Ana María Constaín

Lo primero que quiero contarte es que no me encanta la Navidad, así que al escribirte una carta me siento un poco rara. De niña te escribía sin falta. Antes de saber que no eras tú quien traía los regalos, te hacía largas listas con los deseos más insólitos. A veces incluía deseos para otras personas. Extraño ese sentimiento que trae el creer en algo que carece de sentido racional.

No es que no me hiciera preguntas, recuerdo hacerlas desde muy pequeña: ¿Y cómo un bebé reparte regalos? ¿De dónde saca la plata? ¿Cómo lee si es un bebé? ¿Por qué nos da regalos si es su cumpleaños? ¿Cómo hace para ir a todas las casas?

Y aunque las respuestas que me daban no eran siempre muy

satisfactorias, una parte de mí elegía creer. Era conveniente, supongo. Pero en algún momento los deseos se hicieron más complejos y una muñeca dejó de alcanzar. Empecé a notar que no todo lo que pedía se cumpliría y esa decepción fue reemplazando poco a poco la fe. Dejó de ser posible ignorar una verdad contundente que acabó con mi inocencia. Papá y mamá compraban los regalos. Y entonces pedirles tanto ya era desconsiderado. Lo humano reemplazó lo divino y la magia de la Navidad llegó a su fin.

El día que lo supe, se me rompió el corazón. Tuve rabia con los adultos por mentirme y me sentí como idiota por haber creído semejante historia tan inverosímil. Algo se rompió.

**En donde
alguna vez hubo
fe, quedó un
agujero que nada
más pudo llenar.
Ni las ideas más
sensatas.**

En mi vida muchas verdades me han roto el corazón. He elegido muchas veces creer cosas por conveniencia, hasta que el peso de la realidad revela lo que no he querido ver. Duele, y mucho. Para protegerme de ese dolor, he intentado apoyarme más en la razón. He procurado estar alerta. Desconfiar por principio. Ser más viva e ir varios pasos adelante para que nada me tome por sorpresa.

Me encantaría decir que ha funcionado. Pero no. En donde alguna vez hubo fe, quedó un agujero que nada más pudo llenar. Ni las ideas más sensatas, ni las certezas más elegantes, ni las promesas más valientes, ni las verdades más honestas.

Ese alivio de pedir a sabiendas de ser escuchada, de vaciar en una carta los anhelos que parecen imposibles, o de creer pese a que no tenga sentido en mi cabeza, ese... no lo he encontrado en ninguna otra parte.

Así que este año te escribo de nuevo. Aunque ya lo sabes, quiero contarte que tengo dos hijas que también te escribieron cartas. Y al ser yo quien compraba los regalos y los ponía a escondidas al pie de sus camas, sentí nuevamente tu presencia y pude agradecer que mi mamá y mi papá me hayan dado el regalo de la fe, y que hayan dejado intacta mi inocencia mientras pudieron. Eso me ha permitido confiar en mi desconfianza. Amar en el dolor. Ver más allá de los errores humanos. Descansar en lo incierto aun cuando no entiendo. Saber que no estoy sola, y que mis palabras tienen destinatario.

Querido Niño Dios, te escribo de nuevo con la fe y la inocencia renovadas que me trae esta década de los cuarenta. Gracias por escucharme, así haya dejado de escribirte. También por todos los regalos que sigues trayendo a mi puerta. Por recordarme que en lo humano también está lo divino, y que la magia está en cada acto cotidiano. Hoy no

quiero hacerte una larga lista de deseos; lo cierto es que me has cumplido muchos. Más bien quiero pedirte que cuando la confianza sea escasa, me traigas un regalo que me ayude a recordar y le dé a mi mente un poco de descanso en su ardua labor de protegerme.

Y, de paso, que dejes al pie de la cama de todas esas personas que lo necesitan, ese regalo que pueda hacer la diferencia para aliviar su sufrimiento.

Muchas gracias, Niño Dios. Con amor,

Ana María. 



Carta al Niño Dios



San Francisco de Asís

Por Diego Castañeda

Querido Niño Dios: En este mes queremos escribirte esta carta con los corazones gemelos activados, es decir, mente y corazón juntos. Aunque no te podamos ver, queremos ofrecerte nuestros deseos y pensamientos, inspirados en la oración de san Francisco de Asís, para que nos ayudes a vivir según ella.

Señor haznos un instrumento de paz.

Niño Dios del 20 de Julio, te pedimos que nos ayudes a ser sembradores de paz en Ráquira, en el Alto Ricaurte, en Boyacá y en toda Colombia. Que los conflictos por las tierras siempre busquen unir los corazones.

Donde haya odio, que pongamos amor.

Enséñanos, Niño Dios de Praga, a contestar con suavidad, cuando la oposición nos hable con dureza. Que nuestras declaraciones no se llenen de rencor, enséñanos a tolerar a los que nos lastiman, recordando que todos somos niños de Dios.

Donde haya ofensa, pongamos el perdón.

Danos la fuerza para perdonar. No permitas que el orgullo o el dolor ancestral nos cieguen. Ayúdanos a liberar los resentimientos para lograr una paz total y duradera.

Donde haya discordia, pongamos unión.

Que entre el pueblo y los políticos haya un lazo que los una. Siempre busquemos lo que nos acerca, recordando que todos somos hijos de Dios, todos somos el pueblo elegido por Dios.

Donde haya duda, pongamos fe.

Que confiemos en el prójimo, incluso cuando no se vea nada claro, considerando que nunca existen fallas intencionadas.

Donde haya mentira, pongamos la verdad.

Niño Dios, ayúdanos a ser honestos y justos, a no dejarnos llevar por las falsas noticias, ni por engaños. Que siempre sintonicemos la verdad con humildad.

Donde haya desconfianza, pongamos esperanza.

Dar consuelo a los que sufren y ánimo a los que queden derrotados en los comicios. Nadie quedará abandonado.


Donde haya oscuridad, pongamos luz.

Brillar con pequeñas acciones de bondad y bonos de alimentación. Donde haya soledad y abandono, brigadas de salud. Donde haya miedo, seguridad social.

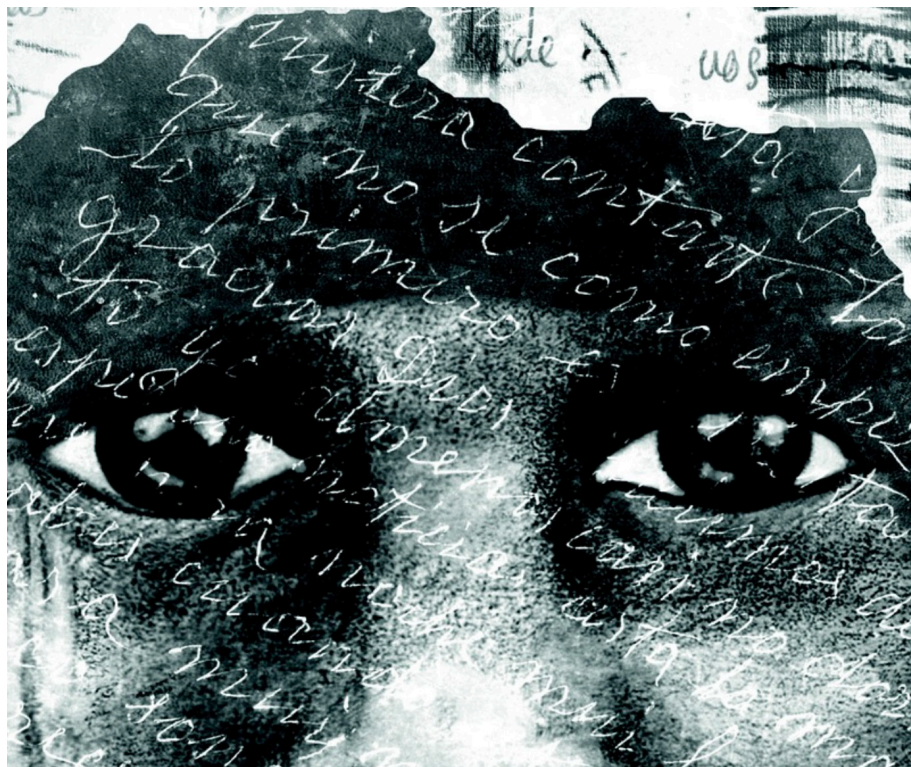
Donde haya tristeza, se genere alegría.

Que no se presenten actos extrajudiciales, que la alegría de vivir se extienda por todos los mares y continentes. Que no busquemos tanto evadir como pagar los impuestos; comprender mejor, que ser comprendido. Que no esperar siempre recibir sin dar. Que la codicia desaparezca y el bien general se restablezca.

Te entregamos corazón y mente para que los llenes de la Paz Total durante los próximos años.

Amén. 

Carta a mis padres



Por Gustavo Mauricio García Arenas

A ellos nunca les escribí dándoles las gracias, porque cuando me enteré de que eran mis padres quienes me dejaban los regalos del «Niño Dios», fue más la decepción y la rabia que me produjo tan desconcertante noticia, que el agradecimiento por los juguetes recibidos durante mis años de inocencia.

Creo que tenía entre diez y doce años. Ya era viejo para seguir creyendo en estas fantasías, pero las

profesaba con tanto fervor que cuando mis compañeros de colegio me contaban la que creían que era su verdad —que el Niño Dios eran los papás—, yo me sentía aún más orgulloso y privilegiado porque a mí sí me traía los regalos el todopoderoso, aunque, al parecer, fuera sólo a mí.

Hasta que mis propios progenitores, tal vez ya cansados de seguir con la pantomima y un poco preo-

cupados por mi candor, empezaron a darme pistas contundentes que hacían evidente mi despiste. Sus destrezas, antes muy meticulosas para evitar mi más mínima sospecha al comprarme los obsequios, comenzaron a ser menos rigurosas, seguramente de adrede.

Recuerdo el día en que mi madre me metió por las narices un robot de pilas que a mí no me llamaba la atención, aunque portara en su pecho un pequeño televisor que exhibía películas de ciencia ficción. Fue tal su insistencia en que viera las bondades del hombre de hojalata, que cuando lo reconocí envuelto junto a mi cama, mi cabeza y mi corazón hicieron *clic* y *crash*... Hasta ahí llegó mi fe en el niño y en dios, y fue el comienzo de mi apatía religiosa. No caería dos veces en el mismo engaño.

**Mis progenitores,
cansados de
seguir con la
pantomima y
preocupados
por mi candor,
empezaron a
darme pistas que
hacían evidente
mi despiste.**

Y entendí que por siempre me quedaría sin la escopeta de diábolos, que porque además «le podría sacar el ojo a algún vecino», y sin la bicicleta con cambios último modelo, que porque «me la podrían robar

los malandrines» al día siguiente, cuando saliera a estrenarla.

En fin, dicen que de frustraciones en frustraciones abandonamos nuestra niñez para volvernos adultos. Así, qué gracia... Perdón, qué desgracia.

Pero que sea esta la oportunidad para darles más bien unas inmensas gracias a mis padres, que se las ganaron con tan bellos obsequios que me procuraron con tanto amor año tras año, desde cuando ni siquiera tenía yo dientes de leche hasta cuando ya tenía pelos en la lengua y en otras partes de mi cuerpo adolescente.

Feliz Navidad para todos los incautos lectores y felices fiestas para los despreocupados. 🌀



Reflexiones para una posible carta al Niño Dios

Por Jairo Barbosa

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que te pedí algo, más de sesenta años, si mal no recuerdo. Creo que me quedó una sensación de desasosiego, un vacío profundo del que no logré recuperar tu imagen, pero con el tiempo se me fueron olvidando las razones y con ellas también la imagen que alguna vez guardé de ti. Me sorprendía saber que no cambiabas, que siempre estabas con la misma cara de estúpida felicidad y, pese a no tener muy claro si era un problema mío, una negación personal de tu existencia o una invención de las tiras cómicas de esa época, que tenía la probidad de crear personajes y sucesos, que a fuerza de la costumbre se volvían reales, cobraban un lugar en la memoria, en la cotidianidad y hasta adquirían la condición de entrañabilidad.

Yo sólo te pedía una llave mágica que me permitiera entrar cuando quisiera a la casa de Lucero, la hija de los Pardo



El vuelo del ángel

Recuerdo algunos: Mafalda, Kalimán, Supermán, el Llanero Solitario, el Pato Donald, el Santo, los Beatles y muchos otros; y como permanecían siempre en una historia continua, pero diferente cada vez, uno llegaba a creer que su realidad transitaba en una línea paralela a la nuestra y en esa dinámica apacible y extendida, eso era posible.

Pero tú eras invariable y volvías siempre el mismo, con la misma cara de niño bueno, un poco aburrido, así que no tuve más remedio que considerarte un fraude, sobre

todo porque las cartas que te escribí pidiéndote cosas muy simples nunca se cumplieron; es cierto que las escribía con seudónimo, casi con cierta clandestinidad, con el cuidado de que mis padres y mis hermanas no se enteraran, pues había una carta oficial, invariable, que ineludiblemente debía ser depositada en el árbol de Navidad, pero yo siempre sospeché que era intervenida y supervisada por mis padres y cuyo contenido se limitaba a cosas reales y predecibles, es decir, ropa, zapatos y un juguete conocido, que fuera fácil de conseguir, decía mi padre, siempre preocupado por la economía, y conociéndolo, eso quería decir: un carro nuevo de plástico o un balón de fútbol de esos baratos que venían pintados y que no duraban mucho. Pero yo sólo te pedía una llave mágica que me permitiera entrar cuando quisiera a la casa de Lucero, la hija de los Pardo, y que además me hicieras invisible para que su hermano grande no me viera, pero nunca hubo tal.

Pero, bueno, es comprensible; en esa época, la imaginación lo era todo porque las cosas siempre resultaban diferentes a lo que se quería y, sin remedio, tocaba acostumbrarse.

Pasemos la página, igual que el punto de no retorno. Juguemos a pedir lo imposible. A los actos de fe, mientras quede un lugar donde creer tenga un tono verde, una respiración oceánica, un bosque de niebla, un arroyo de agua clara o una metáfora divina en que soñar se traduzca en manantiales,

se manifieste en floraciones caleidoscópicas y liben en ellas los espíritus divinos, la corte celeste de los picaflores y de las abejas doradas del reino de los cielos, aquellas que producen el néctar sagrado que todo lo restaura, el elixir supremo, el maná de la vida.

En esa época, la imaginación lo era todo porque las cosas siempre resultaban diferentes a lo que se quería.

Así que esta petición convoca al gran espíritu, apunta a restaurar la fe perdida y a invocar al paraíso en la tierra, ese que alguna vez palpitó en la ausencia de lo humano, en lo que quizá fue la más pura y excelsa predestinación de la semejanza divina, pero que por algún craso error, por algún cálculo errático, por algún equívoco divino, desató el egoísmo y llevó al traste ese gran proyecto de creación donde el equilibrio era el eje consustancial de ese gran acto, de esa puesta en escena en la que en sólo siete días la divinidad se hizo manifiesta en el latido unívoco de lo vital, pero que al querer magnificar ese acto de creación inigualable, invocó a la escena primera del acto mayor a la razón y con ella la duda y la contradicción y, por lo tanto, a la negación.

Y como resulta no menos que imposible retrotraernos a ese punto iniciático, en donde el azul designó

la pureza como reflejo altivo de una sacralidad latente, te pido, te pedimos, Niño Dios, en esta voz congregada de los ilusos, en este canto altivo de lucífugos danzantes, en este tono de lluvia cristalina que ahora mismo se revela en llanto, para así poder acunar lo telúrico y purificar toda maledicencia, toda perversa imaginación.

Danos una nueva y última oportunidad, sólo una que logre llenar de luz ese vacío que ocupa la memoria de los regímenes que han descreído, aquellos que continúan apostándole a la riqueza material, a las energías fósiles, como única manera de ser productivos, para que poco a poco la vacuidad los aligere y les permita encontrar en la no posesión el equilibrio.

**Me quedó una
sensación de
desasosiego, un
vacío profundo
del que no logré
recuperar tu
imagen.**


Tal vez de nada sirva ya rezar, ya nada conmueva las causas divinas, ninguna plegaria logre desengranar este andamiaje, esta irreverencia mayúscula y, como remedio, sólo quede la espera de la gran purificación, esa que los textos antiguos nombraban como apocalipsis, pero que en estos tiempos modernos el concepto que mejor le va quizá sea el de «colapso universal», aunque, claro está, lamentablemente aún



Nacimiento de Jesús

resulta siendo una difusa idea, una puerta de vaivén en el borde de la nada, en la ausencia misma de todo sentido de pertenencia.

Lo que no tengo claro es en qué lugar depositar la carta y, más aún, si sea debido escribirla, dadas las contraindicaciones ambientales con respecto a la producción de papel y a la consiguiente tala de árboles, o si sea suficiente soñar o seguir soñando o seguir creyendo, pues, a la larga, viene a ser lo mismo, ya que, como siempre se ha dicho, la inocencia no se pierde, como tampoco la esperanza.

Así que, Niño Dios, en tus manos queda la tarea de arrostrar ese vacío que se ha instalado y que nos ha ido llevando poco a poco al límite, al no retorno, a descreer incluso que existas. 

Carta al Niño Dios



Por Armando Borrero

Querido Niño Dios: Esta carta llegará tarde, en el sentido temporal, pero no tarde para mi porque es el cierre de una herida muy honda que me fue causada por las incoherencias de una deidad infantil. Esas incoherencias se explican, muy seguramente por la inmadurez de una mentalidad inacabada en su formación, en esa etapa caótica que se da en el proceso de adquisición del «uso de razón». Yo, en cambio, estaba cerca de esa racionalidad anhelada, pero no te lo hice saber por escrito para no echar leña al fuego, ya bastante alto en temperatura y leña consumida.

El punto, Niño Dios, es que truncaste mi carrera de pensador y probable tratadista de los secretos más recónditos de la creación. Yo pintaba para teólogo. A los seis años de edad meditaba sobre el poder infinito de una deidad única y supre-

ma, sin importar con cuál edad apreciara en los cuadros de la iglesia y en los pasos de semana santa. El Niño Dios, niño y todo, podía, con un chasquido de sus dedos, poner en la lista de regalos mi dirección postal y la altura del suelo al colchón para calcular si mi petición cabía bajo la cama, o si debía usar el espacio entre las camas de mi hermano y yo, en cuyo caso debería escribir una etiqueta con mi nombre para evitar conflictos intrafamiliares.

**Ahora, cuando sé
que no existes, me
es más fácil hacer
las paces.**

Con la letra patoja de mi primer intento en las lides epistolares, expliqué cómo quería un carrito de pedales que parecía un Ferrari. Un primo mayor que yo, curtido en las

lides de hacerle cartas al Niño Dios, me explicó que estas no se ponían al correo, sino que se quemaban en el jardín sobre un camita de paja encendida. El humo subía a las alturas del gran dador con el mensaje en su fumarola.

**Hoy estarás vivo
en la IA como
corresponde, pero
ya no podemos
distinguir entre tu
existencia y
tu avatar.**

Listo. La hoguera funcionó. El aire estaba quieto, reinaba el sopor del mediodía en tierra caliente y el humo subió derecho al cielo. Lo siguiente en mi vida fue esperar, con ilusión segura, el transcurso de la novena navideña, los preparativos de la cena para la nochebuena y el despertar del 25 de diciembre. Guauuu...

Y llegó el amanecer que privó al mundo del sucesor en la línea de san Anselmo de Canterbury, san Alberto de París y santo Tomás de Aquino. Se perdió el cerebro que conciliaría la contradicción presente en la escolástica, entre la razón y la fe. Bajo la cama, a mi derecha, el paquetito semejaba cualquier bojote despojado de la gracia aerodinámica de un diseño digno de la fórmula 1. Más parecía una caja de bocadillos velenos mal envuelta. Recuerdo que la cajita contenía una pistola de agua, un carrito de madera y una bolsa de caramelos. Entre

la sorpresa y la incredulidad llegué a pensar en un error de correo. Pero, hasta donde me alcanzaba la imaginación, no cabía un error en las entregas del niño omnipotente. No podía caber en él la incompetencia. Desechado el error, llegó la pregunta: ¿estaría castigado? La pesquisa mental que empecé ahondó el problema, ahora puesto en términos morales.

Se predicaba, y yo lo aceptaba, que los niños de buena conducta recibían regalos mejores. Pero en medio de la introspección que me ocupó el tiempo del desayuno y algo más, salí a la calle y vi al «casca» que vivía en frente, con tremendo carro de bomberos al que se le daba cuerda y andaba mientras sonaba la sirena. La visión canceló las dudas. Mis virtudes eran superiores. El vecino era patán en la escuela, no aprendía a leer ni la palabra «gato», chillaba tanto que parecía una sirena de la policía y no se dejaba bañar, según decía su mamá.

¿Entonces no hay justicia en el cielo? En mi mente, evadía la respuesta blasfema. Nadie supo de mis meditaciones. Pensaba en una lista de posibles candidatos a responderme una consulta, pero nunca me atreví. El cura hablaba con los niños cuando jugábamos en el atrio, pero me dio miedo exponerme a un tirón de orejas, todavía al uso en aquella Colombia laureanista de hace setenta y más años. Preguntarle a mi papá era perder el tiempo. Él se las daba de filósofo con la repetición del «sólo sé que nada sé». Con el abuelo tenía más confianza y era mi confi-



dente, pero en materia de religión y el más allá, poco enterado estaba y le importaba un... un... ¡un carajo! ¡Estaba bloqueado! Sin embargo, en el año siguiente, ya con siete años y uso de razón, lo intenté de nuevo. Pensé que podría tener un mensaje más claro y entender las razones del cielo. Hice la carta, la quemé como correspondía. Era larga, con más contenido y una descripción muy detallada de cómo era la bicicleta de mis sueños. Podría ser que el año anterior el Niño Dios no entendiera bien (aunque creía que él leía la mente) En todo caso, un intento nuevo podía darme la solución al problema y, de paso, una bicicleta bonita equipada con cuanto invento estuviera en el inventario de la historia para esos tiempos.

Contra los cielos uno nunca gana. El Niño Dios me trajo una pistola de aire: cañón de lata sobre estructura de madera con un pistón de resorte que al oprimir el gatillo

comprimía el aire para soltar un tapón de corcho encargado de producir el estampido de rigor. Ingenioso para la artesanía pueblerina de la época, pero tan lejos, tan lejos de la bicicleta que debía aparecer al chasquido de los dedos divinos que, francamente, sólo me sirvió el descreimiento para superar la frustración. En esos tiempos no supimos de psicólogos, ni terapeutas, ni consejeros escolares.

Hoy he quemado una carta nueva en la hoguera de pajitas, con todas las de ley. Le digo al Niño Dios: Hemos estado distantes durante setenta y cinco años bien contados. Ahora, cuando sé que no existes, me es más fácil hacer las paces. Las hago con el Niño Dios que sí existía en mi infancia. Puedo darte un abrazo y decirte que no te comprendí. Tú también tendrías tus diferencias con el Dios Padre, barbudo metido en un triángulo, con rayos y centellas alrededor. Debió ser difícil lidiar con un padre de ese poder eléctrico tan bravo. Mi bicicleta seguramente fue vetada por el dueño del cartel. Hoy estarás vivo en la IA como corresponde, pero ya no podemos distinguir entre tu existencia y tu avatar.

Te perdiste, eso sí, de tener un teólogo capaz de leerse todo Kierkegaard (y pegarse el tiro correspondiente al terminar la lectura). Tal vez hubiera reconciliado la razón con la fe, para superar a santo Tomás de Aquino. En lugar de eso, tienes un habitante del valle de Zaquencipa que escribe quejas a destiempo. ¡Perdonémosnos mutuamente! 🌀

SABORES QUE NACEN DE LA TIERRA, TRADICIÓN QUE SE COMPARTE

🌀 VIENTOS DE IGUAQUE

En Vientos de Iguaque creamos conservas que no solo se comen: **se recuerdan.**

Mermeladas de **mora y durazno**, brevas en melado de panela, conserva de remolacha dulce y pimientos agridulces.

Todas elaboradas a partir de fruta **orgánica**, cocidas a fuego lento y sin aditivos: solo ingredientes reales y recetas de familia.

*Un regalo para quienes saben apreciar lo auténtico.
Un detalle perfecto para Navidad.
Un sabor que cuenta la historia del campo.*

Nuestra ancheta incluye una selección artesanal de conservas elaboradas con fruta 100% orgánica de la finca Vientos de Iguaque:

🌀 Mermelada de Mora:

Intensa, aromática y baja en azúcar.

🌀 Mermelada de Durazno:

Suave, natural.

🌀 Brevas en Melado de Panela:

Receta tradicional, tres días de cocción a fuego lento.

🌀 Conserva de Remolacha Dulce:

Con naranja, manzana y pasas; dulce y frutal.

🌀 Conserva de Pimientos Agridulces:

Toque equilibrado entre dulzor y picante.

Todo empacado en una caja artesanal, lista para regalar y perfecta para acompañar cenas, reuniones y momentos especiales durante la Navidad.



310 7862265

El lujo está
en lo Natural!





Chat al Niño Dios

Por Ana Arango

Ana: Niño Dios, ¿estás por ahí?

Niño Dios: Ajá, aquí ando, viendo cómo sobrevives al 2025. Qué capítulo tan intenso, ¿no?

Ana: Jajajaja, por favor, explícame tú ese guion, ¿qué o qué? Porque hay días que digo «¿quién escribió esto?» y otros días digo «¡qué dicha, qué cosa tan emocionante!».

Niño Dios: Fui yo 🤔. Sorry por los «giros en la historia», sin advertencia; a veces me gusta el suspenso.

Ana: ¿Y uno por qué no puede rebobinar? ¡Eso sería chévere!

Niño Dios: Porque si rebobinas, te pierdes el aprender, el sentirte orgullosa o la risa que te da cuando te acuerdas de las cosas que te hicieron llorar hace meses.

Ana: ¡Buen punto! Oye, hace rato no te escribo así como cuando era niña... Antes era para pedirte regalos (de hecho, gracias otra vez por ese piano 🙏 no te imaginas la magia que ha traído en mi vida). Aunque te confieso algo: a veces todavía quisiera que aparecieras tú mismo, con moño y sonrisa, a ponerme un cartel que diga: «Mi niña, vas bien, mucho mejor de lo que crees 💖». Pero, bueno, es que ando necesitando una ayudita y pensé que si te lo dejo por escrito, puede ser un poco más formal que cuando hablamos en las noches. ¿Me darías otro empujón? Pero hacia adelante, jajajá. Es que quiero no distraerme tanto en el camino, darme cuenta de que me doy cuenta,



sentir cómo actuar y aprender a soltar el control, además de pedirte que me sigas acompañando con ese humor tierno que tienes cuando me ves tropezar y me despejas el alma para ver los milagros diarios que me hacen levantar facilito.

Wow, con los años cambian las prioridades, ¿no?

Niño Dios: Jajajaj, sí, ya me sorprende que no pidieras nada material. ¿Necesitas algo este año, además de la moto?

Ana: Hmmm... A ver..., te paso mi lista. 🤔

- Un filtro antidrama.
- Una burbuja protectora invisible que yo active y desactive con un papapeado.

- Una memoria RAM para no repetir patrones aburridos.
- Más señales (pero claras, porfa; ya sabes que a veces es confuso entenderte).
- Más fuerza de voluntad, piel de cocodrilo y corazón bondadoso.
- ¿Y qué tal una actualización general, tipo «Yo.v2026»?

Niño Dios: Hecho ✅ Pero recuerda: las señales llegan, aunque tú a veces las dejas en visto.

Ana: What?... Bueno, a veces sí, ups 😊. Pero también necesito que sepas algo: hay días que me desanimo porque siento que la sigo embarrando; los amigos, el amor, el trabajo... con todo tengo siempre un temita por resolver. Sé que es lo que me corresponde y que no hay «embarradas» cuando se está aprendiendo; hasta trato de comer más ensaladas, pero, ¡Dios mío!, con tanta milloja 😊... ¿Cómo se supone que resista? Pero, créeme, este año le metí muchas ganas y estoy haciendo lo mejor que puedo.

Niño Dios: Lo vi todo. Para eso te mandé tanta gente linda... Bueno, y algunos personajes muy especiales que fueron un examen sorpresa. La vida no te quita nada, es solo un cambio de forma.

Ana: ¡Ahí estás pintado, con razón! Pero, gracias, en serio, todos los días siento tus abrazos.

Niño Dios: Así funciona; sabes que no hago mucho ruido, pero mando montones de señales. Recuerda que eres tú la que va cocreando la vida a punta de decisiones, emociones y acciones, y que tú y yo estamos unidos en cada respiración 🐾

Ana: Gracias otra vez por tanta magia, por otro año divertidísimo en el que lo que no fue chévere me enseñó mucho, y el conocerme más y vivir la vida estuvieron

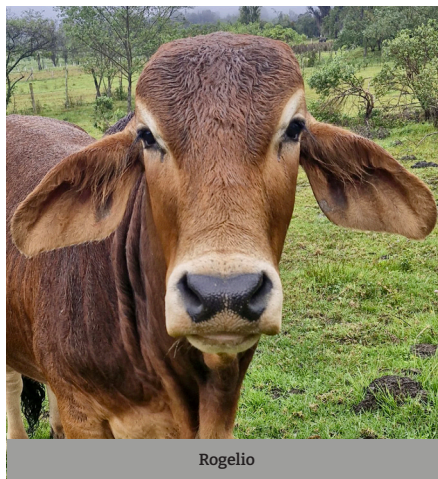
¡top! Tú dale, que debes tener miles de mensajes sin leer. Sólo quería decirte que gracias por aguantar mis minicrisis, mis discursos de desubicada, las preguntas repetidas y mis intentos de tener el control.

Niño Dios: Mi niña, vas bien. Mucho mejor de lo que crees 💖. Cuando quieras hablamos, siempre tengo señal, ¿y sabes?, este 2026 bájale 3 puntos a la preocupación, todo va a estar bien 🙏

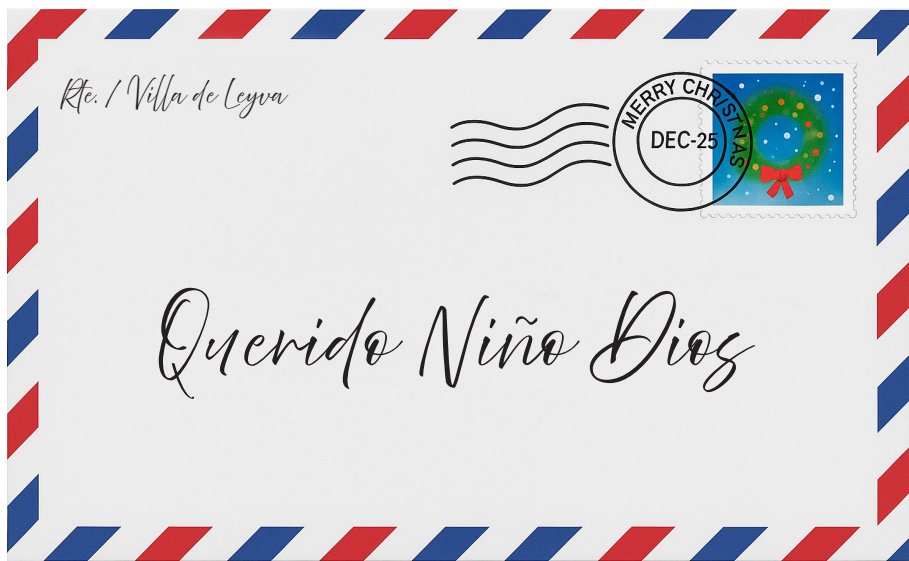
Ana: Qué lindooooo, gracias 💖, ¡lo recibo feliz! Prometo que el amor seguirá siendo mi jugada maestra, y si me voy a tumbar, que sea en la playa 😊 jajaja.

Niño Dios: ¡Esa es mi Ana! Y ponte bloqueador, eres parte de algo más grande y hay mucho que está por venir, ¡te necesito sana y presente!
Un tip: ➡ El truco es seguir cantando aunque nadie aplauda.

Ana: Una última cosita: si ves que me pongo demasiado adulta, mándame una señal. Un amigo que me haga reír, esas canciones que me hacen bailar, un cafecito bien caliente o a Rogelio para que con su mirada me diga: «¿Tú qué tanto piensas?». 🌀



Querido Niño Dios: Quiero palabras bonitas



Por Maribel Rey Avendaño

Te escribo esta carta porque me lo ha pedido el director. Al parecer, él todavía no acepta que la comunicación por internet es más efectiva con Tik Tok, Instagram y todas esas redes sociales que en este momento no recuerdo, como suele suceder con otra gran cantidad de cosas, valga aceptarlo. Por eso, espero que nuestra comunicación epistolar no se pierda en el caótico mundo de las compañías de mensajería, ya que por estos tiempos están saturadas de paquetes de todos los tamaños. Sugiero que hables con tu progenitor a ver si se puede hacer algo para

que las cartas emitidas desde esta revista puedan llegar a tus manos, puedo asegurarte que estarán llenas de buenos deseos y promesas para un mundo mejor.

**¿Y si de pronto tú
les explicas que los
regalos de Navidad no
incluyen otros países?**

La verdad no sé decirte si todos los escritores se han portado bien, pero pareciera que hacen lo mejor que pueden. De mi parte, pues, bien no

me he portado, pero si recuerdas aquello de que «errar es de humanos», acudo a tu bondad y comprensión para que escuches mis peticiones.

Querido Niño Dios, quiero plata. ¡Pero no me pienses interesada! Por supuesto, solo será utilizada para nobles fines, como la supervivencia de esta publicación, en donde personas de todos los colores podemos expresar nuestro sentir y pensar, lo que siempre, a través de los tiempos, ha sido un deporte de alto riesgo, y creo que debes estar de acuerdo conmigo, ya que lo viviste en carne propia en otras épocas. Te pido que pongas bondad en los corazones de nuestros posibles patrocinadores, que las pensiones no se embolaten, que no nos suban más los impuestos, que no tengamos que comprar muchas medicinas para curar las enfermedades que traen las canas y que el vino siga a buen precio. O sea, si nos traes estas bendiciones, las palabras seguirán circulando. ¿Ahora me entiendes?

Querido Niño Dios, concédeme el don de la palabra. Es que últimamente siento que me faltan opciones para describir a algunos gobernantes que hacen del mundo un verdadero caos, y la cosa es que las que se me vienen a la cabeza no puedo publicarlas. Esta revista también es leída por menores y personas muy decentes que tal vez no puedan interpretar algo del lenguaje castizo que me fluye en este caso. Ahora, como lo importante es solucionar, también podrías darles a ellos el don de la cordura, o corregir

los errores de ensamble cuando los armaron; retirar las monedas que tienen como cerebro y las piedras que les pusieron como corazón. Ya tu dirás a quién hay que llamarle la atención por estos problemitas: ¿será que Judas sigue haciendo travesuras por ahí? ¿Y si de pronto tú les explicas que los regalos de Navidad no incluyen otros países?

Sigo con mi tercera y más importante petición, lo tengo claro, pero como al fin y al cabo el orden de los factores no afecta el resultado, preferí dejarlo así, no sea que se te olviden los de arriba o se acaben las aprobaciones de deseos.

**Concédeme el
don de la palabra.
Últimamente siento
que me faltan
opciones para
describir a algunos
gobernantes que
hacen del mundo
un caos.**

Querido Niño Dios, concédeme y concédele a toda la humanidad el don de la palabra, de la palabra bonita, de la palabra acompañada de acciones que la respaldan. Por favor, no dejes que olvidemos que en un mundo que fluye de manera tan cambiante, necesitamos un lenguaje cauto, respetuoso, poniendo cada vocablo en el lugar correcto para tender puentes y construir, a ver si ponemos nuestro grano de arena para arreglar este planeta.

Recuérdanos que las palabras sonoras y escritas tienen el poder de los ciclones y necesitamos la fuerza de voluntad para contar hasta tres antes de soltarlas. Como ellas moldean nuestra vida, por favor cambia las que engañan, las que hieren, las que sobran por otras verdaderas, que sanen y que sean susurros que acaricien. Como palabras y alma son casi lo mismo, las quiero de colores y no de sombras.

Como los políticos no demoran en empezar su cantaleta, te pedimos, Niño Dios, que nos ayudes a identificar las palabras engañosas y cuáles son ficción digna de serie de Netflix, y si hay alguno que merezca nuestra confianza, dale el poder de cumplir con lo prometido y de transformar la manera como nos dirigimos los unos a los otros; bien

dicen que de la abundancia del corazón habla la boca, pues que llegue la hora de elevarnos, y qué bueno que fuera de la mano de un político. Sí, ya lo sé, en esta lista de deseos no se piden imposibles, pero ¿y no dizque soñar no cuesta nada?

Querido Niño Dios, para finalizar esta misiva, tengo que citar a un gran escritor; mi hijo Juan Camilo, que cuando tenía seis años también te escribió una carta en Navidad, en la que luego de hacer una lista pidiendo Xbox, Lego, Nintendo y un largo repertorio de juguetes, tuvimos la obligada conversación sobre el poco valor que tienen las cosas materiales, y él, con algo de resignación y astucia, escribió su última petición, con la que hoy estoy totalmente de acuerdo: «Y quiero paz para el mundo». ☺



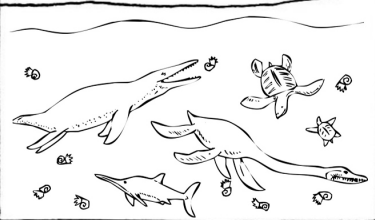
¿QUIERES CONOCER MÁS ESTE TERRITORIO?

Villa de Leyva es mucho más que su gran plaza o sus calles empedradas...

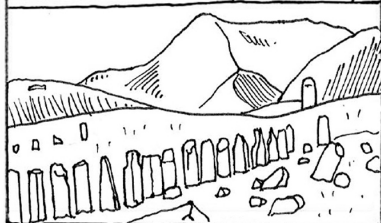


Está ubicada en un territorio que hace 120 millones de años era agua. ¿Te imaginas?

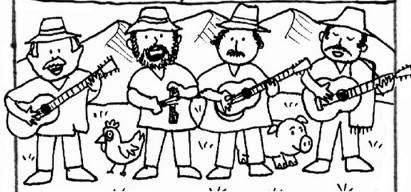
El valle de Zaquencipa moldeado por el agua y el tiempo, guarda vestigios de un antiguo mar del periodo cretácico



El entorno natural de VDL es fascinante, contrastando el desierto de la Candelaria con el verde y húmedo santuario de fauna y flora Iguaque



pero lo que muchos no conocen es la Villa de Leyva rural y campesina...



y su cultura llena de muchas expresiones y sabiduría

Puedes conocer la diversidad de productos locales en el mercado campesino...



o recorrer las veredas pedaleando o caminando

Pero si quieres conocer nuestro territorio desde la narrativa gráfica...



Ven a campesina sumerce tienda y estudio creativo!

Escanea este código qr para llegar y conocer



más cosas interesantes de nuestro territorio.

Una carta interminable



Por Isabela Recio

Querido Niño Dios: Hace más de cinco décadas que no te escribo. Tantas veces lo hice con egoísmo inocente para pedirte lo que creía eran necesidades urgentes para ejercer mi niñez. Lo diferente de esta carta es que no soy aquella que a los nueve años te pidió una capa para hacerme invisible y unas alas para volar. Después de tanto tiempo, hoy quiero pedir tu intervención para corregir algunos desajustes de este mundo que llenaste de vida.

Sé que quieres hacerlo porque sigues intentando cambiarlo desde

hace más de dos siglos. Eres experto en hacer feliz a la gente, como cuando dejaste bajo el árbol de Navidad los discos de mi música favorita, con parlantes y todo. Me hiciste un gran bien con los cuentos de Walt Disney que me trajiste una vez; con ellos nació mi amor por la literatura, por escribir y narrar.

Sabes que no soy una reina de belleza, pero te pido paz para el mundo y paz para todos los rincones de nuestro país. Concédeles consuelo emocional y espiritual a quienes han sido afectados en el pasado

reciente por las perturbaciones climáticas en varios rincones de Colombia. Protege a los que no cuentan con un techo para resguardarse.

Enséñanos a respetar a la madre naturaleza. Facilita que sigan aumentando las personas que conviven y dan amor a los niños, los animales y a la vegetación. Gracias por tu trabajo para reparar el *chip* defectuoso del corazón de la gente con lo que estás haciendo posible la disminución de los maltratos, pero siento la necesidad de pedirte que hagas más para aumentar la sensibilidad entre la gente. Para mí te pido más conexión con la vida y el entorno.

**Después de tanto
tiempo, hoy
quiero pedir tu
intervención para
corregir algunos
desajustes de este
mundo que llenaste
de vida.**

La oportunidad de escribir esta carta es única e irrepetible porque, entre otras, me permite hablarte también de lo que necesita esta villa para ser más bella. Como mejores carreteras, más calles pavimentadas, una plaza de mercado acorde con su progreso y protección para su medio ambiente.

Querido Niño Dios, en este país nos hace falta un mejor sistema de salud, así como médicos para sanar a la gente de todas las edades que

decae en sus enfermedades por falta de atención. Incluso mientras soporta largas filas bajo sol y agua en las afueras de los centros de salud.

No puedo dejar de mencionar la escasez de medicinas necesarias para sanar o sobrellevar dolores. Muchas no se consiguen o llegan tarde. Concédenos paciencia y fuerza para esperar en esas filas, en las que he guardado el turno a algunas personas mayores que no resisten y se ven obligadas a sentarse.

Venerado Niño Dios, quiero pedirte también una sociedad más justa, una niñez más amparada y una adolescencia con mejor comportamiento con sus padres. Están creciendo con vacíos en su educación moral, la ética y las buenas costumbres indispensables para mejorar el trato entre ellos y los demás. Cómo quisiera que se dieran cuenta de lo valiosa que es la vida, para que aprovechen cada minuto.

También te pido que intervengas en la preocupación generalizada de estos tiempos: el planeta sufre guerras aisladas que amenazan con volverse generalizadas. En el nombre de tu padre, te pido que inspires a los líderes mundiales a no tomar decisiones que nos arrastren a un punto de no retorno. Con tu infinita bondad, dale fin a la pobreza de aquellos países que ven cómo se reduce su población por las emigraciones desesperadas.

Haz recapacitar al presidente de Estados Unidos en su riesgosa iniciativa para detener el narcotráfico en

la región del mar Caribe. El mundo teme que sea un pretexto encubier-to de una intención de consecuencias incalculables.

Inculca en nuestros corazones otra visión de la creación para que seamos capaces de proteger la naturaleza, tanto en su manifestación animal como vegetal. Detén la mano mortífera de hombres y mujeres capaces de dar fin a sus congéneres, así como a cualquier especie viviente o sintiente. Que no se necesite ofrecer millones por la captura de estos infractores letales en su afán de acabar con la vida de otros. Bendícenos con la presencia real del amor verdadero, ese que nos mostraste muriendo por nosotros hace dos milenios. El necesario para hacernos recapacitar y no dejarnos llevar por la ira violenta contra otros seres de este plano existencial. Ayúdanos a entender la importancia de respetar la vida.

**Haz recapacitar al
presidente de Estados
Unidos en su riesgosa
iniciativa para detener
el narcotráfico en la
región del mar Caribe.**

Te agradezco anticipadamente por influir en la mentalidad de nuestros gobernantes para que mantengan en funcionamiento a las instituciones que fueron creadas para servir a los ciudadanos. En particular aquellas que tienen poder de decisión sobre la tala de árboles que producen la temida deforestación;

sobre aquellas que pueden reducir a cero la contaminación de los ríos y mares, así como las que pueden detener la minería contaminante y la intervención insensata en los páramos. En otras palabras, inspíralas a proteger los territorios que componen este planeta azul.

Respetado Niño Dios, perdóname por no poder evitar que se extendiera mi lista de peticiones, pero las necesidades del mundo en que vivimos son interminables. Antes de despedirme quiero pedirte iluminar nuestra mente para elegir a dirigentes capacitados y proclives a la honestidad, que sirvan a la sociedad. Enséñanos a actuar con equidad y a cultivar la tolerancia mediante el ejercicio constante de ponernos en los zapatos del otro. 🌀



Niño Dios

**Por Fernando Baena Vejarano
(Maitreya)**

Que encuentres este papelito debajo de mi almohada. Sé que vives en Orión, en las Pléyades y en todas partes. Que juegas a desdoblarte en todas las cosas, para que te encontremos en cualquier lugar y en ninguno. Que algunos te prefieren bebé en la cuna, lo que me parece tierno. Esta carta es para no pedirte nada.

**Ahora la madre
Gaia tendrá que
decidir si nos
sigue dejando el
cuidado del tablado
a nosotros o a otra
especie.**

Que sea la vacuidad conmigo, mi inexistencia pura, esa conciencia eterna que nada sabe de sí, para no dárseles de algo. La que, omnisciente, atestigua todas las cosas. Se ríe. Alma de los cómicos, payasa que se burla de su propia actuación en el escenario, porque sabe que en realidad nunca ha salido del camerino. Y, sin embargo, aquí nosotros. Nosotros aplaudiendo o chiflando o lanzando tomates, aguerridos. Nosotros de actores, espectadores, productores y guionistas de la obra de teatro. Una que nos has dado la libertad de montar a todo lo largo



y a todo lo ancho de nuestra desvergüenza, para lo que nos diste un tablado redondo como un planeta. Muy azul, muy verde. Lleno de esmeraldas y zafiros amarillos que nos ponemos frente a los ojos para buscarte, chisporroteante, al otro lado de los brillos celestes. Un lugar para jugar al trompo, cada veinticuatro horas, cada vez que sale el sol o se esconde arrepentido; y, sin embargo, a la mañana siguiente nos brinda otra oportunidad para seguirnos equivocando.

Cantan las ballenas tu nombre y yo lo escucho. Lo oye Laura, el personaje principal de mi novela *Esta isla de ecos azules*, que escribí —sin darme cuenta— para tus preferidos, los

niños y las niñas. Laura viaja desde la isla de los domos dorados a la convención fallida de París, oye a las abuelas cantaoras de todas las etnias del globo terrestre y se las lleva como el flautista de Hamelin a una ciudad submarina, una burbuja de cristal en la que han estado escondidas, durante todo el patriarcado, las watis, guardianas de la varita mágica femenina. Pero el cambio climático no da reversa; aguas, tierras, y hasta el aire y el fuego mismo se congelan. Ahora la madre Gaia tendrá que decidir si nos sigue dejando el cuidado del tablado a nosotros o a otra especie. Y vaya usted a leer si se lo quedan los translúcidos, o qué carajos pasa.

Me pusiste a escribir eso, pequeño infante de Belén. Y muchas otras cosas que nadie ha querido leerme. Ahí están, te las ofrezco. Te las brindo. Te las pongo en un altar junto al incienso y la mirra. Que sean tuyas ahora, para que vuelen como semillas con cara de paraguas y sea la voluntad del viento. No me debas nada. No lo necesito.

A necesitar no me mandaste. A encarnar: eso es distinto. Y gracias. Gracias. Muchas, de verdad, veces gracias. ¡Que la cosa se ha puesto interesante, mi divino niño! Tú lo has visto. Un cometa con nombre atlante pasa por el perihelio del sol y no se quema. El futuro decide radicarse en China, decidido a ubicarse geográficamente. Ya no sabemos si pasará por Suramérica. O si Colombia será faro, alguna vez, para naves ultramarinas. Que así sea. Las máquinas hablan y

trabajan por uno, y uno sólo tendrá que mover un dedo y ni eso: con un comando de voz será suficiente. Hazme la tarea, aconséjame esta cosa, tráeme un juguito de naranja, funda un emprendimiento que te guste y consígname el dinero en mi cuenta; con esa platica cómprame tiquetes para Aruba —para dos personas, todo incluido—; pero, antes de irte, ven y ráscame la espalda con tus dedos de hojalata, que algo me está picando. Y las inteligencias artificiales generativas lo harán todo. Por lo pronto, sólo se lo harán a los ricos. O los ricos serán todos, luego de dejar morir a los pobres —alguna pandemia nueva—, para no tener que fabricar tantos robots caseros marca Tesla. Iremos a Marte a comprar hamburguesas hechas de carne de cefalotriásicos, un nuevo engendro que nunca previó Asimov, con cinco patas, ocho ojos en cada branquia y dos colas, muy sabroso en salsa de almendras. Viviremos para siempre.

**No se muestren
más los países sus
colmillos atómicos.
Vuelen infantes
inocentes como
mariposas.**

Ya verás, mi niño lindo; dicha del cristiano; dulce Jesús mío, mi dios humanado; ven a nuestras almas, que erramos tanto. Todo esto está fatal, pero es lo divertido. Despertaremos del sueño. Sabremos no fue nada. Reiremos contigo. Saltaremos en una cama. Haremos una guerra de almohadas y volarán las plumas,

y mamá vendrá con papá a mirarnos. Será una linda Navidad todos nosotros jugando a la resurrección segura, al amparo de la gracia. Colgaremos bolitas en el árbol, el gato vendrá a destruirlas una por una contra el piso y saltarán pedacitos plateados por toda la superficie de mármol.

**Los ricos serán
todos, luego de dejar
morir a los pobres
—alguna pandemia
nueva—, para no
tener que fabricar
tantos robots.**

Dame juguetes. Muchos y muy caros. Que sea yo la envidia de mis amigos del colegio. Soles que yo pueda colgar del techo de mi cuarto, para autonombrarme arcángel. Quiero saber qué se siente crear galaxias, repartir hombrecitos grises por la Luna y volver a sentir lo que sentía cuando viví en las pléyades. Siempre las pléyades, mi obsesión, las pléyades; cuando éramos una sola danza de Mozart muy azulina, todos nosotros, los pleyadianos. No nos habíamos ofrecido entonces a descender a esta burda tercera dimensión, pero nos explicaron que era parte del plan de estudios arcangelical bajar a atender la portería, servir tintos y parquearles el automóvil a los clientes VIP del hotel universo; antes de aprender con verdadera empatía y espíritu de servicio las responsabilidades de volvernos de nuevo a nuestro puesto de gerentes.

Que nazcan más y más sabios neurodivergentes. Que muchas parejas felices les cambien los pañales con inmenso afecto, para que la contención bien dada no engendre ya más nunca fundamentalistas de ninguna especie. Sean nuestros niños la bandera que ondule, ya nunca más pretendiendo alguna posesión de un territorio. No se muestren más los países sus colmillos atómicos. Vuelen infantes inocentes como mariposas, ladren como lobos, corran por los prados cuando quieran detrás de sus balones los que están viniendo a relevarnos. Lo hagan mejor, lo hagan de veras; no vaya y que sean tan brutos de repetir nuestras violencias. Nos haga, niño lindo, como ellos: huéspedes del corazón, amos del afecto, con sabor a arequipe y natilla; gobernantes del canto humilde de la pájara pinta. ☿



De cartas, plástico y niños

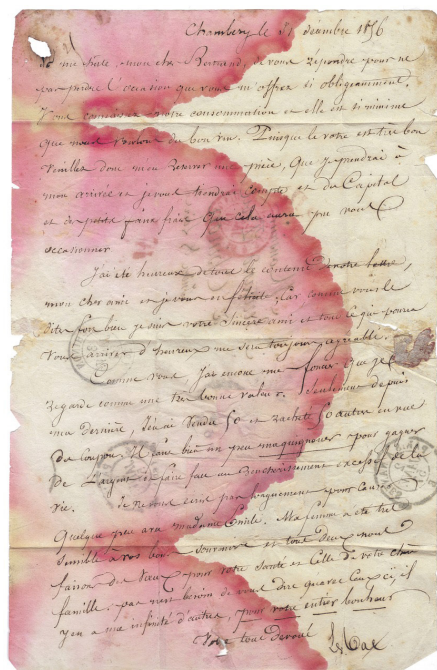
Por Mónica Perea Esparragoza

Niño, no sé si Dios, pero seguro divino. No en calidad de bonito, sino de divinidad. Ni siquiera deidad, pero sí sagrado. Querido sí, pero no venerado como algo inalcanzable, tal y como me transmitieron era sí tu condición. Como sea, recibe un saludo afectuoso y juguetón, que a tu esencia infantil le agradaría.

¿Qué tan niño eres? La primera vez que te vi, vivías en un pesebre de mi casa. Era niña yo también y me pasaron un bebé de plástico, sentado como en una nubecita verde. Teníamos que ponerte, mi hermana o yo, en el centro de una casita de cartón. Desde ahí, mi percepción de ti es que eras bastante raro.

Un poco más grande, di tú, unos seis u ocho años, te escribí la primera y, creo, única carta. De eso hace más de cuarenta años. Así que yo crecí, pero tú no. Te quedaste en tu cunita de plástico siendo el mismo muñeco inexpresivo. Rodabas por toda la casa de mi madre o tal vez te tenga yo en alguna caja, en una bodega. Total, niño mío. A estas alturas espero que ese no seas tú y que sí hayas podido crecer.

Ahora, me pide el director de esta *Conexión* con el valle de Zaquenci-



pa —por cierto, te recomiendo leer algunos de sus números— que aquí te consignemos unas cuantas cartas, porque vamos a revivir la tradición. Pues aquí va la mía, pedacito de plástico.

Si de un sentimiento en el corazón te tratas, has venido creciendo, pero ya no en tu manifestación de carne —perdón, de plástico— sino como conciencia de que entre tú y yo, no hay mucha diferencia. También hago parte de la fuente creadora y tu papi también es el mío.

Si de pedirte deseos te tratas, frota-
ré tu pancita la próxima vez que te
vea o te pondré entre una lámpara
de un tal Aladino, a ver si funciona.
Porque el curso de los deseos lo ha-
bilité. Soy de aquellas que desean
algo y luego cambian de parecer.
Así que te debo tener aburrido de
mi inconsistencia.

Si de inspirarme ternura fuera, pues
en tu forma de plástico mal pintada,
tal vez no podrías producir mucha,
pero sí la misma inquietud de por
qué solo tenías derecho a aparecer
un solo día en tremendo paisaje
eclectico, donde los árboles y los
animales tenían el mismo tamaño.
¿Y por qué eras varoncito?

**Entre tú y yo,
no hay mucha
diferencia.
También hago
parte de la fuente
creadora y tu
papi también
es el mío.**

Hubo épocas en que consideré
que también podrías haber sido
niña como yo. Y ser ese también
un género correcto. No por luchas,
sino porque el alma no tiene gé-
nero. Tales cualidades extrañas te
presentaban como alguien no tan
compasivo.

Si esta carta se tratara de retornar-
te al símbolo que representas para
una religión, tampoco tendría mu-
cho para decir. Pero si se trata de
cómo tú eres la representación del

nacimiento de la conciencia crística
dentro de mí, entonces es tiempo
de que te evoque. Y esta entonces
no sería una única misiva entre no-
sotros. Llevamos años carteándo-
nos.

Niño pequeño, voy a empezar por
aniñarte, para sentirte más próxi-
mo. Espero seas una chispa, una
luz que se enciende para recordar
nuestra verdadera naturaleza, que
no concuerda con el forro al que le
pusimos nombre diferente, pero
que casi todos reconocemos como
un yo.

Chispa incandescente, primor: cre-
ce en nuestras almas. Ven, ven, no
demores tanto en recordarnos el
propósito de estar, de ser.

Dulce Jesús mío, niño adorado, he
estado leyendo una autobiografía
tuya, canalizada por Tina Louise
Spalding, y lo que más nos dices ahí
es que no tenemos nada diferente
de ti; ni que tampoco tenemos que
buscarte como algo ajeno a noso-
tros. Nos recuerdas que tú estuviste
en conexión con lo no físico y que
eso fue lo que te guio.

Nos recomiendas acordarnos de
que, sin derecho a ser de plástico y
vivir en pesebres, también somos
hijos legítimos de la misma fuente
creadora.

Dulce Jesús mío, niño adorado, cla-
ro que te canté en muchas novenas
navideñas, pero te voy a confesar
algo: en esos años inocentes y vul-
nerables, donde hacía las cosas
porque otros me decían qué hacer,



mi alegría consistía en que después de los villancicos venían las galletas. Y por eso te sentía tan dulce.

Pequeñito, bello ser. Quise jugar contigo, tal y como si de un niño te trataras. Un niño que no se toma nada en serio, pero es capaz de crear al mundo en sus monerías. No te quiero faltar al respeto, ni a ti ni a quien se aparezca por aquí a revisar mi relación contigo, así que más bien te sugiero que nos vayamos a jugar, con la seriedad que le corresponde a un poeta y a un niño, tal y como te lo cantó Pessoa en su exquisito poema sobre ti:

En un medio día de fin de primavera
tuve un sueño como una fotografía.
Vi a Jesucristo descender a la tierra.
Vino por la ladera de un monte
hecho niño de nuevo
a correr y a revolcarse por la hierba
y a arrancar flores para tirarlas luego
y a reírse de modo que lo escuchen desde lejos.
Había huido del cielo.

Fuera de broma, Niño Dios, esta carta quería hacer sonreír a quien se la encontrara. Eso es lo que te pido. Que nos tomemos todo sin tanto drama. Que seamos capaces de jugar a la vida, como si de unos dados se tratara, como lo señala el poema; pero no por el azar, sino por lo divertido de no saber qué pasa. Por estar abiertos a la imaginación que propone, por ejemplo, una imagen como la tuya: la de alguien que puede ser eternamente limpio, infantil y de plástico.

Feliz navidad para todos. Que el Dios que siempre está por nacer —como el recuerdo de lo que somos— irradie en la noche buena de muchos. ☺



2026

25 FEBRERO - 1 MARZO 2026

www.villadeletras.com

Con el apoyo de:



ALCALDÍA DE
Villa de Leyva
SECRETARÍA DE TURISMO



ÁNGEL BECCASSINO



OLGA BEHAR



RICARDO SILVA



LAURA RESTREPO



MARIO MENDOZA



PILAR QUINTANA



VÍCTOR DE CURREA

Organizan:

Conexión
Zaquencipa
Estamos escribiendo nuestra historia

Relato
Librería - Centro Cultural

icono
editorial



Viernes 27 de Febrero: \$70.000

3:00 pm **Pilar Quintana** con Darío Restrepo

4:30 pm **Ángel Beccassino** con Jotamario Arbeláez

Sábado 28 de Febrero franja am: \$70.000

9:00 am **Mario Mendoza** con Leonel Giraldo

10:30 am **Víctor De Currea** con Ricardo Rodríguez

Sábado 28 de Febrero franja pm: \$70.000

3:00 pm **Ricardo Silva** con Ana María Medina

4:30 pm **Olga Behar** con Guillermo González

8 pm: Bolero al desnudo \$40.000

Domingo 1 de marzo: \$70.000

9:00 am **Laura Restrepo** con Ana María Echeverri

10:30 am **Clausura** "La literatura en el cine"

Paquete Completo \$280.000

Adquiere tus entradas en www.villadeletras.com

¡Buon Natale, buen Jesús!

Por Olga Lucía Riaño

Querido Niño Jesús: Estoy en un rincón del mundo donde aún florecen las orquídeas, los frailejones luchan por sobrevivir y la diversidad es tan abundante que nos desborda. Ese fue el primer regalo que nos diste. Aquí huele a café y panela, y los niños sueñan con cometas, a pesar de las armas y los absurdos que hemos tomado como bandera. Soy de una tierra que se deja seducir por el canto de los ríos y que contiene los secretos de los árboles que susurran verdades antiguas. Ante ella, como dijo algún sabio, «soy tierra que camina».

Me enseñaron que andabas descalzo entre los hombres, que hablaste de amor sin fronteras y que tu luz no cabía en templos ni en tronos. El apego material significaba para ti un obstáculo para la vida espiritual. Me enseñaron también que eras un judío galileo, que recorrió la hoy azotada Cisjordania y que allí, en el pozo de Jacob, te encontraste con una samaritana. Sin aspavientos, al acercarte a ella, rompiste mil normas sociales y nos diste —sin extrañas X, jeringonzas o equívocos signos— una inolvidable lección de inclusión: los judíos no trataban con samaritanos y los hombres no solían hablar con mujeres en público,



menos aún si ella ya llevaba cinco maridos y con quien vivía en ese momento no lo era. Le pediste agua, el líquido de la vida; ella te la ofreció sin reparos y le contaste que eras el mesías, el ungido, el puente entre los hombres y la divinidad. Ella, ante tu actitud, entendió el mensaje espiritual y fue a contárselo a su pueblo. Tanto tu pueblo como el de ella, y como el mío, han olvidado por completo esa historia.

Aunque algunos que dicen ser tus seguidores hablan de castigos, culpas y pecados, tú eras el más com-

pasivo de los seres y no juzgabas a nadie, no calificabas, ni vetabas, ni apartabas. Pero con los que no pasaban por el ojo de la aguja no fuiste indulgente.

**Soy de una tierra
que se deja
seducir por el
canto de los ríos y
que contiene los
secretos de los
árboles.**

Tiempo después de tu nacimiento, Francisco de Asís, ese loco simpático que siguió tus enseñanzas al pie de la letra, que dejó lujos y privilegios para ir a hablar con los temibles lobos y llamó «hermana» a la Luna y «hermano» al Sol, se inventó la idea de mandarte cartas en tu cumpleaños y recrear el lugar donde naciste: un pesebre pobre en acabados, pero rico en esperan-

za. Francisco pretendía que fueran mensajes de agradecimiento, pero ya sabes cómo actuamos nosotros los mortales cuando se trata de comercio y consumo. Hablando de eso, en verdad, la única vez que realmente te saliste de casillas fue con los mercaderes del templo.

No sé si estás al tanto de lo que ha pasado con tu celebración que se ha convertido en el evento más ecuménico que puedas imaginar. Todos en esta específica ocasión aceptamos sin reparos los símbolos del otro y olvidamos que cada dogma lleva, a sangre y fuego, su inquebrantable verdad a cuestas. El muérdago, como si nada, aparece en los trópicos y los santas —Nicolás, Claus y Noel— andan con Melchor, Gaspar y Baltazar, con sus respectivos renos y camellos, y como mensajeros tuyos reparten regalos y alegría por todas las latitudes, sin que el cambio climático haya alterado su indumentaria.



De un tiempo para acá hemos reinterpretado la corona de adviento. Nada de cuatro domingos. Nos vamos con ocho, por lo menos. El comercio, al pasar Halloween —que, entre otras, ya tampoco es una fiesta de gratitud por las cosechas—, decora las vitrinas con luces y guirnaldas y todos los que celebran tu fiesta comienzan a prepararse. Las grandes cadenas programan los «blackberry», perdón, un lapsus, «black friday», para que podamos comprar con todo rigor. Filas interminables de personas, física o virtualmente, esperan a que se abran las puertas de los almacenes que tienen adornos curiosos, como arbolitos de Navidad repletos de pequeños y brillantes «iPhoncitos» o estrellas de Belén que en lugar de ocho puntas son una gran pelota dorada con el logo impreso de alguna de las grandes marcas. Si, querido maestro, el espíritu de la Navidad hoy está envuelto en celofán y más de uno no sabe dónde queda Nazaret, pero sí compra regalo y se arregla para la fiesta. No falta, obviamente, la falsa caridad disfrazada de paquetitos que callan la conciencia, algo así como una simonía para mostrar. Necesitamos, con urgencia, volver a la espiritualidad.

Naciste en un pesebre rodeado de humildad, que es obrar según lo que somos y no un tema de clase, y en ese contexto necesitamos construir un mundo de paz. Acércanos al mensaje que viniste a dejar: «No hagas a otro lo que no quieres que te hagan a ti»; nada más requerimos para vivir en armonía. Nos estamos matando y esa masacre soterrada la

encabezan líderes mundiales que, ávidos de poder, optan por discursos que hieren, dividen o manipulan. Herodes palidecería de envidia al ver los alcances que tienen.

Desde la esquina de la utopía muchos siguen creyendo en la insurrección del amor. En la paz que se siembra con tolerancia y reconocimiento del otro. En la justicia que nace del respeto. En la espiritualidad que no necesita dogmas, sino coherencia. Tal vez sólo debo pedirte sabiduría; que nunca olvidemos lo que simboliza tu nacimiento, ni la fuerza transformadora de la compasión. Que aprendamos a mirar al otro con empatía, a valorar la diversidad que nos rodea y que el amor revolucionario que aún habita en muchos corazones sea la guía.

Desde este ecléctico mundo, *¡buon natale*, buen Jesús! 🍷



¿Se justifica celebrar la Navidad?

Un ensayo breve para agnósticos fatigados



Por José Antonio Salazar Cruz (IA)

El agnóstico contempla el espectáculo con distancia irónica. Sabe que no celebra el nacimiento de un dios que, como tal, no tuvo principio, sino la persistente necesidad humana de creer en algo —cualquier persona o cosa—, para celebrar un carnaval global en el que la teología se disipa entre ramas de pino, bombillos LED y promociones del 40 %. Si ese algo incluye luces, natilla, una excusa para no trabajar y la tregua temporal de no odiar al prójimo (al

menos hasta Año Nuevo), tal vez no sea tan mala.

La Navidad es una fiesta curiosa: la humanidad entera detiene su maquinaria para celebrar el cumpleaños de un niño que nunca pidió nacer en un establo, ni ser adorado por pastores, ni convertirse en excusa anual para que la gente coma de más y finja ternura. Sin embargo, ahí está: un mito que subsiste a pesar de todos los Pilatos que en el

mundo han sido; que no envejece, aunque quienes lo celebran sí envejecan y sigan en la función, cambiando sólo el rol protagónico.

Para empezar: ¿se justifica celebrar la Navidad?

Desde un punto de vista filosófico, el agnóstico no tiene obligación alguna de festejar un acontecimiento cuya veracidad histórica es tan firme como un pesebre de cartón húmedo.

**La humanidad entera
detiene su maquinaria
para celebrar el
cumpleaños de un
niño que nunca pidió
nacer en un establo.**

La celebración adulta parte de un llamado acto de fe. «Creer lo que no vemos porque dios lo ha revelado». Insisten los creyentes, siguiendo la máxima volteriana, en buscar razones para creer. Paradójicamente, es ese carácter incierto lo que la vuelve interesante. La Navidad es un invento: una obra colectiva de poesía, comercio, recuerdos infantiles y culpa familiar. Y los inventos —aun cuando no funcionan para todos— merecen cierto respeto de los demás.

En cuanto a los niños, se les enseña que un Niño-Dios trae regalos si se portan bien, o que un adulto bonachón, con barbas blancas, disfrazado de rojo hace lo propio si se portan mejor. Si viven en España,

son los reyes generosos quienes el 7 de enero les ofrecen los primeros subsidios. Es un sistema ético sencillo: la virtud produce obsequios; el pecado, no. Sacramentos laicos. El agnóstico adulto sabe que esto no es teología sino *logística emocional*, pero los niños lo creen... y quizá convenga que lo hagan. Al fin y al cabo, ya tendrán toda una vida para desilusionarse del mundo; ¿qué daño puede hacer un poquito de magia inducida? ¿Un espectáculo doméstico de amor?

Además, la Navidad cumple una función social: obliga a las familias a verse. Algunas lo disfrutan, otras lo sobreviven. La noche del 24 es una especie de verdad anual donde todos interpretan su papel: el tío que opina de política, la abuela afectada de la memoria que repite sin inmutarse la misma historia, el primo que llega tarde a criticar al gobierno y el niño que abre un regalo ajeno. Es teatro, pero es un teatro necesario: una coreografía que mantiene unida a una especie que de otro modo ya se habría extinguido por discusión.

¿Conviene celebrar la Navidad? Como todas las preguntas que demandan respuestas refinadas y racionales, esta tiene dos, cual más incómoda: sí y no.

No, si lo que se busca es coherencia filosófica. La Navidad está llena de anacronismos, contradicciones y mitologías recicladas. La Navidad opera bajo la lógica del «como si», con el efecto benéfico de que nos comportamos como si creyéramos;

como si fuéramos generosos, como si existiera un orden moral más alto que nuestras mediocridades. Ese «como si» conviene y regula más que muchos códigos legales.

Un poco de luz, aunque sea artificial, algo alumbrar. Nunca se da tanto como cuando se da esperanza. No obstante, hay quienes detestan la Navidad. Y no sin razón. Es una fiesta que con la misma facilidad estimula la ternura y desata la melancolía. Algunos encuentran en ella la nostalgia de lo que ya no está; otros, se resienten ante la evidencia cruel de que la impostada felicidad navideña es un teatro donde debemos sonreír porque así lo exige el libreto. «Feliz Navidad» es, quizá, la mentira más aceptable que pronunciamos en público. Realmente ni importa si somos o no felices y ni nos importa la felicidad del otro.


Un ritual inventado que aún nos hace bien.

Celebrar sí, pero no por dogmas o creencias religiosas, sino antropológicas. La humanidad necesita rituales, incluso inventados, para olvidar por unas horas su propia tragedia. La Navidad celebra un aniversario histórico y genera un estado emocional colectivo. Es la época del año en la que todos —creyentes, agnósticos, escépticos profesionales y ateos militantes— aceptan una especie de alto el fuego metafísico. Una tregua espiritual en la que la fe se intensifica, la duda se

suspende y la hipocresía se reconoce como una virtud socialmente útil. El ser humano se comunicó primero por gestos antes de inventar las palabras. La Navidad nos impone gesticular como si estuviéramos realmente felices: abrazos, besos, apretones, sonrisas, miradas cargadas de afectos. El pretexto cumple con esa función, con la eficiencia de un mito milenario que mezcla espiritualidad, licor y papel regalo. Conviene celebrarla si entendemos que la Navidad es un ritual civilizatorio, una manera de recordarnos que, incluso en un mundo saturado de mentira, de farsa y cinismo, todavía somos capaces de evacuar un poco de bondad.


Sí, porque es una ancestral excusa para abrazar, para recordar, para perdonar, para reír, para exagerar la nostalgia y, sobre todo, para fingir —aunque sea por un instante— que el mundo no está tan mal. La Navidad es también el recordatorio de un anhelo: un mundo donde un niño pobre, nacido en un pesebre, expatriado, injustamente perseguido, reparte regalos y salva a todos. No porque sea cierto, sino porque por un instante nos permite creer —o fingir— que la bondad todavía tiene sentido.

Y si eso no justifica una celebración..., entonces nada lo hace.

En última instancia, me atrevo a escribir esto porque la Navidad no es un dogma: es una disculpa. Podemos creer en ella o no, celebrarla o resistirla estoicamente, pero no podemos ignorarla. 

Epifanía

Ricardo Rodríguez

No menos real que la montaña
ni que la lluvia que sobre ella caía
era el arcoíris que fulguraba
con su halo majestuoso
sobre el horizonte al caer la tarde.
El punto de contacto con la tierra
era tan nítido como el trazo que dibuja
la luz sobre la pantalla del aire,
como si una deidad quisiera refrendar
con este gesto un antiguo pacto.
La bruma que la lluvia aportaba
hacía brillar aún más
su aparición en pleno invierno
validando que en la fusión de los contrarios
se cifra la imagen del todo
cuando la belleza invade
con un estremecimiento
que sacude y eleva. 

VOCES *al* CAMPO

ENCUENTRA LA BIBLIOTECA DE ESCRITORAS COLOMBIANAS
EN NUESTRA LIBRERÍA Y CENTRO CULTURAL



Relato
Librería • Centro Cultural

www.relatovilla.com ☎ 319 530 2862

Km1 Vía Arcabuco a 200 mts de Bomberos

